extensión que ya en 1097 se denominaba "omnis portucalensis provincia", sustituida pronto por la simple apelación de Portugal.

Tenemos así el desenvolvimiento progresivo de un nombre que, habiendo designado a una ciudad, llega a identificarse con un conjunto territorial, base del estado portugués, durante el gobierno de don Enrique.

Siendo neta la afinidad geográfica y espiritual de todas estas zonas septentrionales, no es, pues, paradójico presenciar su agrupación fuera del bloque hispánico, y que, bajo don Enrique, se estableciera en Guimarães la sede de la corte para que desde allí fueran regidos, en lo futuro, los destinos y la conciencia nacional de la patria portuguesa.

ROSA JULIA LADOUX

J. ERNESTO MARTÍNEZ FERRANDO: *Tragedia del insigne condestable don Pedro de Portugal*; Consejo Superior de Investigaciones Científicas; Instituto Jerónimo Zurita. Madrid, 1942.

Muy pocas palabras podrían traducir la impresión causada por la lectura de este libro: el autor, como pocos estudiosos, ha sabido hacer vivir en el conjunto de sus páginas a un personaje histórico, dentro de un claro marco de época.

El primer capítulo, titulado con todo acierto "El perfil del Príncipe", es un esbozo a grandes trazos del insigne lusitano a quien sitúa en el momento histórico en que le toca vivir y del cual nos narra las luchas entre el Duque de Urgel y Fernando de Trastámara por la corona de Aragón. Rivalidades éstas que se continúan luego en Portugal entre las familias de las hijas de estos personajes, las cuales se casan con dos príncipes hermanos. Hijo de una de ellas es Pedro, quien, a causa de la política real lusitana, huye desterrado a Castilla. Analiza también la actitud de Pedro, "el príncipe de fina sensibilidad, desheredado, que interroga de continuo el cielo gris de su amargura", cuando le es ofrecida la corona de Aragón por parte de los rebeldes catalanes. La acepta, no sabemos si por librarse de su primo y cuñado Alfonso V, reinante en Portugal, o por poner a los pies de su madre la corona, que costó años de cárcel y la vida al Duque de Urgel. Nos ofrece el autor una síntesis de los monarcas que reinaron en Aragón desde Alfonso, el rey lejano

que conquistó Nápoles, hasta la vuelta de Juan II victorioso, contra el cual estalló la revuelta. Hace resaltar las causas por las que fracasaron el Condestable y otros monarcas elegidos por los rebeldes.

Con rasgos mucho más firmes en los capítulos siguientes expone detalladamente la actuación de los antepasados del lusitano: el Duque de Urgel, su abuelo, y el Duque de Coímbra, su padre. Después veremos a Pedro en Portugal, Maestre de Avis, combatiente en el Africa, actuando en Castilla junto a literatos y artistas y desterrado en ese mismo reino.

La mayor parte del libro está destinada a estudiar las acciones de don Pedro en Cataluña, desde el día en que "su fina sensibilidad" quedó impresionada por la elegante arquitectura de Santa María del Mar, hasta aquel otro en que la muerte quiso poner fin a una situación insostenible entre él y la Generalidad. Asistimos al paulatino descrédito del príncipe, a sus inútiles esfuerzos por recibir la ayuda de monarcas extranjeros, para obtener la victoria y afianzar la paz.

Estudiada ya la vida de Pedro IV de Cataluña, Martínez Ferrando agrega un capítulo más a su libro, bajo el título de "Epílogo de la actuación de don Pedro en Cataluña"; él mismo dice que ha creído conveniente añadirlo para exponer "a grandes trazos la intervención de Renato de Anjou, a fin de que el lector pueda establecer contrastes, paralelismos y formar juicio más completo de nuestro personaje". Obtiene sin duda su objeto, pues este capítulo completa la visión del problema catalán. Al mismo tiempo que reconocemos la rendición de Barcelona, vemos que el escaso éxito del Condestable-rey no fué debido a su poca habilidad para gobernar, puesto que las mismas dificultades se producen después entre la Generalidad y los enviados de Renato de Anjou: Juan de Lorena y su bastardo. La rivalidad entre el trono y la Generalidad tenía su causa en el engrandecimiento desmedido de la nobleza, que comenzara cuando "el rey lejano" se alejó para conquistar Nápoles y ejerció la lugartenencia del reino su esposa María de Castilla. Los rebeldes, al invitar a los príncipes a ceñir la corona en Barcelona, no obedecían a un imperativo del espíritu catalán, sino a una necesidad práctica, puesto que sin rey era muy difícil obtener alianzas con monarcas extranjeros y material de guerra. Una serie de documentos, al final de la obra, confirman el valor de este estudio: una tabla cronológica de la tragedia; una lista de fuentes documentales; abundante bibliografía y numerosas láminas, entre las que se destacan dos reproducciones —una fragmentaria— de Retablos del célebre pintor Jaime Huguet, en uno de cuyos personajes la tradición ha creído reconocer a Pedro.

Terminado el libro, la figura del Condestable se recorta nítida en el turbulento período histórico a que perteneció, en la tragedia que vive su familia desde el día del Tribunal de Caspe y en el clima político de los reinos de Aragón, Portugal y Castilla.

MARÍA AMELIA ORLANDO

FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS: *La "Fides" ibérica*; EMERITA, XIV, 1946, págs. 128-209.

La fidelidad hispánica, viejo y siempre actualizado tema de la literatura y de la historia en el doble aspecto que presupone la tradicional lealtad de todos y cada uno de los españoles, presenta en los historiadores antiguos, junto a la afirmación de numerosos testimonios favorables, por extraño contraste, una faz negativa. ¿Volubilidad temperamental? ¿Inclinación partidista? Ambas hipótesis fueron propuestas, y en la búsqueda, que dura siglos, de una solución más satisfactoria y menos superficial, llegó a pensarse en alguna particularidad interna, desconocida por Roma, tal vez un tipo de *fides* especial, que pudiera, si no justificar, explicar por lo menos esos actos, en manifiesta contradicción con toda la trayectoria de la evolución ética hispana.

Rodríguez Adrados replantea el problema en el campo institucional, lo sitúa, por razones que expone, entre los siglos III a. C. y I de C., y considera para sus propósitos las dos formas en que esa fidelidad hubiera podido prestarse, a un estado o a un individuo.

En el primer caso —un pacto no personal— la explicación técnica y racional permite enfrentar los hechos con criterio más amplio y comprensivo. La solución de Livio —una *fides socialis*— no concuerda, dentro del sentir ibero, con la actitud romana (un aliado que no cumple sus compromisos); cabe más bien creer, al analizar la primitiva historia saguntina, que la resistencia a un enemigo propio, que las circunstancias convirtieron después en enemigo de Roma, y no una fidelidad extrema, sin razón de ser, fué la que llevó al suicidio a toda una ciudad, hecho no raro que también se repite en Astapa y Numancia.

Las deserciones de los aliados indígenas se justifican si, remontándonos a las relaciones de iberos y celtíberos con cartagineses y romanos, recordamos, con respecto a aquéllos, la primera actitud de Roma hacia los pueblos voluntariamente sometidos, su dominio y el posterior vuelco